

## LA COMUNIDAD, INEVITABLE, PERO CARA

ACE unos años se celebró un referéndum sobre la entrada en las Comunidades Europeas en varios Estados. Uno de ellos dijo «no»: fue Noruega. No le pasó nada. Al contrario, sigue teniendo una de las situaciones económicas más favorables del mundo en esta crisis por la que atraviesan los países industrializados. Su renta *per capita* anual en dólares es la segunda de Europa, sólo superada por Suiza, que tampoco pertenece a la Comunidad, y más o menos igual a la de su vecina Suecia. Pero el caso de Noruega no es comparable al de España. Tiene cuatro millones de habitantes (menos que la provincia o Comunidad Autónoma de Madrid), posee abundantes recursos naturales de buena cotización en el mercado internacional y es rica en petróleo. Además, Noruega pertenece a otros clubes, y está plenamente integrada en ellos: el de la OTAN, con organización militar incluida, y esa especialísima e irrepetible entidad socioeconómica y cultural que se llama «Consejo nórdico», «países escandinavos», la mayor parte de los cuales tampoco son miembros de la Comunidad. Y la resolución de no entrar en ésta fue consecuencia de un referéndum, bastante ajustado, pero que demostró claramente que no había un consenso nacional para integrarse.

En España ocurre exactamente lo contrario. Nuestra renta no es tan baja como en otros tiempos ni en términos absolutos ni relativos, pero nos coloca en un discreto tercer escalón después del gran coloso y de los países ricos. Nuestra población es cuantiosa. Somos un país de emigrantes, aunque la actual recesión haya hecho retornar a muchos de ellos. Sólo pertenecemos a un club —la OTAN—, y no del todo, y casi vergonzantemente, bajo la amenaza de que pueda caer sobre nuestras cabezas la cláusula suspensiva que imprudentemente nos hemos puesto nosotros mismos o mejor dicho, se ha puesto el partido del Gobierno.

Por otra parte, existe un acuerdo generalizado de casi toda la opinión pública favorable a la integración. Ese sentir nacional se vería grandemente defraudado si no «entráramos en Europa», como se suele decir con notoria impropiedad. Ahora ya lo decepcionan, cansan y aburren las demoras y los nuevos obstáculos que surgen casi cada día.

Por eso son tan importantes incluso los plazos. Se comprende la fatiga y la incomodidad política de los altos funcionarios encargados de ultimar la negociación. Pero el asunto no tiene nada fácil solución.



ANTONIO  
FONTÁN

En cuanto al fondo del tema, no hay problemas: la respuesta es una doble y dubitativa afirmación: *certus an, incertus quando*. Es seguro que formaremos parte de las Comunidades, porque sin España, como tantas veces se ha dicho, cualquier construcción europea es como el torso truncado de una estatua arruinada o incompleta. El momento depende de circunstancias políticas, respecto a algunas de las cuales le corresponde a España la iniciativa: por ejemplo, resolver ya de una vez las incertidumbres acerca de la OTAN. También son políticas otras circuns-

tancias ajenas a nosotros como las cuestiones internas de otros países: verbigracia, el Gobierno socialista francés, por muy amigo que quiera ser del español, no anda tan sobrado de asistencias electorales y de opinión, como para poder permitirse el lujo de discontentar a cualquier colectividad, por reducido que sea su porcentaje en los sufragios. Pero también hay circunstancias económicas que empujan a demorar la negociación, dejando carpetas abiertas para situaciones más propicias.

ESPEJADOS con claridad los condicionamientos políticos y negociados, o regateados, los detalles económicos, en todo caso el acceso de España a las Comunidades está a las puertas y se puede dar por hecho. Lo que no está todavía tan claro es que los españoles se hayan dado cuenta de que a cambio de ese logro, indispensable y seguro, han de pagar un precio que afecta a todos los órdenes de la economía y a muchos aspectos de la vida social. Por dilatados que sean los plazos de ajuste que finalmente se obtengan, toda la economía española ha de readaptarse empezando por la fiscalidad. También han de cambiar las dimensiones de las empresas y no pocas de nuestras estructuras comerciales y de servicios, y hasta de determinadas profesiones. Países menores como Portugal o Grecia digieren todas esas mutaciones más fácilmente, porque se transforman en satélites. Otros grandes, como el Reino Unido, se sientan desde el primer momento en la mesa de los grandes. En los banquetes romanos se distinguía entre los convidados que se recostaban en los lechos del triclinio y los que se tenían que acomodar en un taburete. No somos un país de los que se acomodan en un escabel, pero tampoco uno de los grandes, como Alemania, Francia, etc: España, por sus dimensiones, tendrá que pagar entrada, por así decir, de «preferencia»: pero para ocupar lugar de «general». Aun así, será bueno para España. Pero hay que saberlo.